

LAS DOS CARAS DEL MAR



Le hubiera gustado haber podido conocer a su abuelo, el marino; aquel pescador valiente y trabajador que, un día de tormenta, desapareció engullido por las gigantescas olas del mar.

Ese mismo mar que tenía dos caras y dos colores. Color azul y cara amable, para quienes iban a la playa de veraneo o daban paseos en los veleros o en barcos de recreo. Color negro profundo para los marineros, a los que mostraba su rostro más cruel, estando siempre enfadado, rugiendo, amenazando con devorarlos, como si fuera un cíclope sanguinario y despiadado. Su padre no había querido ser marino. Odiaba el mar, porque se había llevado siempre a gente querida o a conocidos; pero, sobre todo, al abuelo.

Un día, en la buhardilla, encontró un bonito botón de plata con una diminuta ancla incrustada. Su abuela le riñó por mirar donde no debía, diciéndole que lo dejara donde lo había cogido, pero no le hizo ningún caso. Su madre le contó que el botón fue lo único que quedó del montón de tablas, ropas y objetos que el mar arrastró a la orilla, tras el naufragio. Su abuela estaba convencida de que traía mala suerte. Por eso, lo había escondido en aquella vieja caja, oculta en la parte más oscura del desván.

Pero, a Andrés, no le gustaba que le dijeran lo que tenía que hacer (y, además, no creía en la mala suerte) así que, se guardó el botón en el bolsillo del pantalón. Le gustaba mirarlo, porque le recordaba, en cierta forma, la historia de su abuelo. Era como si, acariciándolo, lo sintiera más cerca de él. Aquella noche, mientras cenaban, oyeron unos gritos; los vecinos estaban angustiados, porque el mar había vuelto a enfurecerse: olas gigantescas golpeaban un barquito de pescadores

y parecía que no había posibilidad de salvación; hasta que a Andrés se le ocurrió...

Apretó el botón de plata entre sus dedos y, con rabia, le dijo al mar: “¿Es esto lo que quieres? ¿No tuviste bastante con llevarte al abuelo?” Lanzó el botón con todas sus fuerzas y, en ese mismo instante, el mar dejó de bramar, las olas se tranquilizaron y los marineros regresaron sanos y salvos a sus hogares, sin que nadie adivinara qué fue lo que realmente pasó. Sólo Andrés lo sabía; pero no iba a contarlo jamás.

Arturo Marco 3º ESO

